

WILLIAM FAULKNER

El último Faulkner.—La trilogía de los Snopes.

Feliciano Delgado, S. J.

Presentamos a nuestros lectores el estudio de este famoso novelista norteamericano, hecho por el Profesor de Literatura de la Universidad Pontificia de Quito, Ecuador, P. Feliciano Delgado, S. J., Doctor en Filología y uno de los valores de la actual generación de escritores ecuatorianos. Aunque nuestra revista dedica preferente atención a los temas y autores que escriben y piensan en español o en portugués, bien se merece una excepción el caso de este extraordinario escritor sajón.

Faulkner murió a los sesenta y cuatro años. Había nacido en Albany, Mississippi en 1897. Es posible que Faulkner siga, de alguna manera vivo. Sus obras se siguen vendiendo. No se sabe si se siguen leyendo porque Faulkner es hoy día un clásico. La pena de ser un clásico es que se pueden tener sus libros en el estante sin saber por qué se tienen. No hace falta saber por qué hay que leerlos. Son clásicos, son buenos; basta. Se pueden decir generalidades de ellos sin obligarse a leerlos para tener un juicio personal. La gente discute de Picasso, no de Velázquez. A un clásico nadie lo impugna. Si alguien lo impugnara bastaría una sonrisa educada y suficiente.

Para los norteamericanos Faulkner era un escritor del Sur. Un escritor regionalista. Se dieron cuenta de su valor universal cuando Gide dijo que *The Sound and the Fury* (1929) (El ruido y el furor) era la mejor novela de nuestro siglo. Malraux conjugaba la tragedia griega con *Sanctuary* (1931) (Santuario). Mauricio Coindreau lo lanzaba a la fama europea como el mejor escritor norteamericano en una historia bien hecha de las más reciente literatura norteamericana, *Aperçus de littérature américaine* (1947). Era un libro que había que leer porque cuando lo publicó muy pocos europeos tenían una fuente de información más directa. Sartre estudiaba el problema del tiempo-duración en "*Absalom, Absalom!*" (1935). Claude-Edmonde Magny en *L'âge du roman américain* (1948) hablaba de la "inversión teológica" en la obra de Faulkner y entregaba el novelista a los historiadores del sentimiento religioso. En

1950 le daban a Faulkner el premio Nobel. Para entonces Faulkner se había convertido —igual que el último Hemingway— en un moralista y decía en su discurso de Estocolmo que el hombre tenía no sólo que sobrevivir, sino vencer. El papel de la literatura era algo más que testimoniar este hecho. "La persona humana es inmortal y eterna no sólo porque el hombre es el único ser de la creación que tiene una voz inagotable, sino porque está dotado de un alma y de un espíritu capaces de compasión y de sacrificio; de capacidad de soportar. (....) El papel del poeta y del escritor es hablar de estas cosas. (....) La voz del poeta no debe limitarse a dar testimonio de la existencia del hombre. Puede ser uno de sus apoyos, uno de esas pilstras que le ayuden a continuar el camino y a vencer".

William Faulkner murió el 6 de Julio de 1962 en Oxford, Mississippi, abatido, casi alcoholizado. Siempre habló poco. Al final de su vida casi nada. No se le podía hablar. Se le veía, desde lejos, pasear lentamente por el "campus" de la Universidad de Mississippi. Se paraba para encender la pipa. Se iba hacia uno de los bares cercanos a la Universidad y allí acunaba entre las manos un vaso de whisky.

Para Faulkner los "dos hombres más grandes de nuestro tiempo fueron Mann y Joyce". Uno le enseñó posiblemente a concebir la novela como una epopeya de familias en las que vive un oculto simbolismo que da valor universal a las historietas particulares. Joyce le dio la magia de la palabra y el monólogo interior que él usó tanto en alguna de sus obras o en casi todas. Leía y volvía a leer las mismas obras cada año: "Antiguo Testamento, Flaubert, Balzac, D. Quijote, Dostoievsky, Tolstoi, Shakespeare" y poetas ingleses. Cuando hablaban de psico-análisis para explicar su obra decía: "nunca he leído a Freud. Todo el mundo hablaba de Freud cuando yo vivía en New Orleans pero nunca lo leí. Shakespeare nunca lo leyó, dudo que Melville lo hubiera leído y ciertamente Moby Dick nunca lo leyó". Cuando le preguntaron quienes eran los mejores escritores norteamericanos dijo: "Wolfe, Hemingway, Dos Passos, Caldwell y

yo. Coloco a Wolfe el primero y a mí el segundo. A Hemingway lo coloco el último. Todos nosotros somos puro fracaso. Todos nosotros hemos fracasado en alcanzar el sueño de perfección y clasifico a los escritores según el criterio de su espléndido fracaso por llegar a crear lo imposible. Creo que Wolfe intentó hacer el más grande imposible, puesto que intentó reducir toda la experiencia humana a literatura. Después de Wolfe yo he intentado lo más grande. Coloco a Hemingway el último porque se quedó dentro de lo que conocía. Lo hizo bien, pero no intentó lo imposible".

Cuando le preguntaban por su profesión decía: "No soy un escritor. Soy un granjero que disfruta contando historias". Sabía que el escritor en Norteamérica no es estimado socialmente. "El escritor en América (Norteamérica) no es parte de la cultura de esta nación. Es como un perro bonito. A la gente le gusta tenerlo alrededor, pero no les sirve para nada".

Faulkner ha escrito sus historias —menos su primera novela y esa excepción compleja y casi malograda que se llama *A Fable* (Una Fábula) acerca de las mismas familias —vistas, entrevistas, entrecruzadas— de una región que él mismo ha hecho surgir de la nada: el condado de Yoknapatawpha. "Extensión 2.400 Km². Población 15.611 habitantes. Absoluto poseedor y propietario: William Faulkner". Ese condado tiene su historia. Tiene sus aristócratas y sus aventureros. Tiene negros y tiene a los blancos del Sur. Pero también necesitaba tener a los advenedizos industriales del norte; a los comerciantes. Los antiguos Sartoris y los Copson dejan paso a nuevos y vulgares Snopes. Con ellos acaba la historia del condado. También acaba la vida del mismo Faulkner. La historia de los Snopes se comenzó en *The Hamlet* (La Aldea) (1941). Faulkner cerró la historia de esta familia de hombres nuevos en la tierra vieja del Sur con otros dos títulos: *The Town* (El pueblo) (1960) y *The Mansion* (La morada) (1961). Así quedaba completa la trilogía de los Snopes. Entre el comienzo de su historia y el final pasaron 19 años. Unos años de historia bastante agitada: crisis económica, "el Nibelungo loco" de Hitler y Stalin, ese "Frankenstein de Lenin". En esos 19 años ha cambiado también la visión del mundo en el novelista. Por eso la trilogía quedará abierta para que los críticos estudien el paso del tiempo en el rostro de Faulkner. Quizás también para que Sartre pueda dar un giro a su teoría del "tiempo inmóvil", del "tiempo sin reloj" en el novelista norteamericano.

La obra de Faulkner es la historia de unas cuantas familias. No al modo progresivo de Mann, sino entrecruzando las vidas, dándonos la misma historia desde diversos puntos de vista, explicando un hecho mínimo del presente por una larga serie de hechos en el pasado. Toda su crónica es la historia de una decadencia: la decadencia del Sur y la decadencia del hom-

bre. Sartoris es la novela de uno de esos linajes. De la gloria antigua sólo quedan el viejo coronel John Sartoris en el que brilla aún una vieja y pasada claridad y un maniático, lleno de preocupación por sí mismo, Bayard Sartoris. Los Copsons tienen su historia en *The Sound and the Fury*. El título basta para calificar el mundo en que han caído. La vida es para ellos —la cita es de Macbeth, V, 5, de donde Faulkner saca el título— nada más que "una sombra que avanza; un mísero comediante que llega a la escena y se agita sin que se le entienda nada; una historia contada por un idiota, llena de ruido y furia, que no quiere decir nada"—It is a tale told by an idiot, full of sound and fury signifying nothing.

Junto a los Sartoris ya aparecieron los Snopes en Sartoris y con ellos el nuevo mundo comercial, que no conoce otra ley que el triunfo. Un mundo lleno de vileza y de engaño. Ellos también tienen su novela. Se trata de *The Hamlet*. Allí aparece Flem Snopes. Es un tipo misterioso. Nadie sabe nada de él. No se quita el sombrero de la cabeza. No se quita la avaricia de su corazón. Destroza a su misma familia con el único propósito de irse apoderando de la aldea. Lo hace fríamente: casa por casa, choza por choza, campo por campo. El Sur no está preparado a esta invasión. Es como si los héroes de los Cantares de Gesta del siglo XIII hubieran tenido que emplear sus espadas para luchar contra los banqueros florentinos del siglo XV. Pero contra unos florentinos sin amor al arte, sin cultura, sin gesto, sin prestancia.

Los Snopes quedaron allí. Un lector atento podía preguntarse cuál iba a ser la suerte del Sur. Si ellos triunfaban el destino era del Norte, comercial y práctico. Si los Copson o los Sartoris sobrevivían, la obra de Faulkner se convertía en un alegato regionalista. Una especie de canto al "Sur eterno". Quedaba otro camino. A los diecinueve años de espera, con *The Town*, comienza Faulkner a recorrerlo. Flem Snopes llega a Jefferson, la capital del condado creado por Faulkner. Faulkner no es un escritor ciudadano. Le pasa lo que a Mauriac, que tiene que encerrar su prosa en el campo. Sin la brisa de los pinos de sus landas el estilo de Mauriac pierde frescura. Las agrupaciones de ladrillos no favorecen a Faulkner. En *The Town* la narración toma un tono más suavemente humano que en *The Hamlet*. Quien narra no es el Ratliff de *The Hamlet*, sino el abogado Gavin Stevens, el protagonista de *Gambito de Caballo*, el que apareció en *Santuario* y quien decide la acción en *Requiem por una monja*. Flem, representante de los Snopes, "los más abominables, los más odiosos ridículos reptiles que hayan jamás reptado por la tierra de Mississippi", va acabando en Jefferson con sus adversarios. Toma venganza pública del amante de Eula, su mujer. Llega a director del banco: su sueño! El primer director fue el coronel Sartoris. En el

mismo sillón se sienta Flem Snopes. ¿Ha vuelto a triunfar el mundo comercial del Norte? Sería fácil haber elevado un neo-romanticismo ante el espectáculo. Sartoris habría sido vencido porque era bueno. El mal ocupa la tierra. La tierra es de quien sabe emplear malas artes. Este mundo no es para el hombre noble. Ese sería el fácil mundo que habría podido haber levantado un novelista de mucha venta y poca categoría. En Faulkner lo blanco y lo negro no existen absolutamente. Sus novelas no tienen esa ridícula división absoluta. Snopes ha vencido. Pero, ¿hasta cuándo?. ¿Cuál es el sentido de su victoria? En *Sanctuary*, Popeye, el ganster y contrabandista de licores, después de haberla raptado, no puede abusar de su víctima: es impotente. Flem Snopes también lo es. La historia vuelve sobre sí misma para dar paso al tercer volumen: *La morada*. Snopes ha conquistado la aldea y la ciudad, pero su casa está predestinada a quedarse vacía.

Malraux habló de tragedia griega en su famoso prólogo a *Sanctuary*. *The Mansion* es un final pavoroso al modo de Esquilo. El mal acaba con el mal. *La Morada* es el final de los Snopes. *The Mansion* comienza con un tema aparecido en *The Hamlet*. Mink, un primo de Flem Snopes, cometió un crimen y pasó luchando toda la noche con el perro de su víctima para esconder el cadáver. A la madrugada le toman preso y lo condenan. Flem no le ayudó. Era un estorbo más que quitaba para adelantar su triunfo. En los años de cárcel no ha hecho Mink más que rumiar su venganza. La hija de Flem Snopes —hija de Eula solamente, hija legal suya— Linda, ayuda a Mink a realizar su intento. Mink avanza por la carretera con una pistola vieja. Flem lo espera sin defenderse. Estaba cansado de todo. La muerte lo convierte en un ser como

otro cualquiera, "igual que todos, tan bueno como no importa quien, inexplicable, anónimo entre todos: los hermosos, los espléndidos, los orgullosos, los valientes, hecho, aún entre los fantasmas y sueños brillantes, piedra de señal de las que marcan la larga historia humana: Helena y los obispos, los reyes y los ángeles apátridas, los serafines soberbios y condenados".

Ni los Sartoris, ni los Snopes. No hay triunfo de hombre alguno. Quien permanece es la tierra de Mississippi. Cualquier tierra: el fondo donde todo hombre se asienta. Como en *El viejo y el Mar* de Hemingway, Faulkner no eleva al hombre mismo, sino a la fuerza humana de oponerse a todo. Esa fuerza es igual que se llame Copson, Sartoris o Snopes.

Esta trilogía de Faulkner no tiene la fuerza de "*Absalom, Absalom*". Ni la construcción rigurosa de *The Sound and the Fury*. Quizás tampoco la magnífica retórica de los capítulos no dramáticos de *Requiem for a Nun*. Desde un punto de vista formal, *The Mansion* es quizás la obra de Faulkner donde la lengua popular se eleva de forma más insensible a literatura. Por su viveza de narración *The Hamlet* es la más rápida —y quizás la más difícil por su lenguaje— de las tres novelas. Pero el conjunto tiene la ventaja de ser un ciclo cerrado. Es la primera obra de Faulkner que comienza y termina cerrándose en sí misma. Esto le da una claridad de concepción que es más difícil encontrar en otros ciclos faulknerianos.

Faulkner es un autor difícil. El mismo dijo, "a los que me dicen que no me han entendido, después de haberme leído tres veces, les recomiendo que me lean una cuarta". Esta trilogía es una buena introducción a la lectura de Faulkner. Faulkner es un clásico. Pero es un clásico que merece la pena leerlo.

Alabanza de Nuestros Anunciantes

Querido lector:

Los anunciantes de "ECA" han contribuido con su decidido y entusiasta apoyo a la difusión de nuestra revista y con ello a la causa del bien, difundiendo las buenas ideas.

Contribuya Ud. también por su parte, distinguiéndolos con su preferencia en sus compras.

A todos, lectores y anunciantes, nos complacemos en ofrecerles desde estas páginas el testimonio de nuestro agradecimiento.

Navidad de 1963.